

Pistas para una lectura e interpretación de la encíclica *Lumen fidei*

Cristhian Almonacid
calmonacid@ucm.cl
Universidad Católica del Maule
César Lambert
cesar.lambert@pucv.cl
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso

La presente contribución se propone, como su título lo indica, entregar pistas de lectura de la encíclica *Lumen fidei* (2013) del papa Francisco. Se trata, sin lugar a dudas, de un texto de gran densidad teológica y filosófica¹, cuya lectura no es, por lo mismo, siempre fácil. Así pues, el artículo se articula en tres pasos: primero, da una breve presentación general del texto y un esquema básico del mismo; segundo, presenta las ideas centrales de cada capítulo; y tercero ofrece la interpretación de tres fragmentos escogidos.

1. Antecedentes generales y esquema

La encíclica *Lumen fidei* ha sido reconocida como la encíclica de la continuidad apostólica, pues en un gesto de profunda humildad el papa Francisco asume el magisterio de su antecesor Benedicto XVI. Este último ya había completado una primera redacción del documento; hecho que el papa Francisco reconoce con estas palabras: “Se lo agradezco de corazón y, en la fraternidad de Cristo, asumo su precioso trabajo, añadiendo al texto algunas aportaciones”². En consideración a ello debemos tener en cuenta que la encíclica posee, de la mano de Benedicto XVI, un corte académico, reflejado en un contundente aparato crítico, teológico y filosófico. Mientras que las aportaciones del papa Francisco parecen relacionarse con el esfuerzo de “aterrizar” las expresiones mediante ejemplos y contextos que otorgan a la redacción final una adaptación a la realidad y la vida. En suma, nos encontramos ante un documento sin parangón en la tradición magisterial, en la medida que contiene las cualidades académicas del Papa emérito y las cualidades pastorales del Papa en ejercicio.

¹ Cf. CASALE, Carlos. “*Lumen Fidei*: la luz de la fe”, en: *Mensaje*, n° 621, Vol. LXII, agosto de 2013, p. 17.

² N° 7. Citamos de acuerdo a la versión española de Paulinas-Centro Pastoral de Comunicación, Santiago, 2013, autorizada por la Conferencia Episcopal de Chile.

Así pues, el esquema básico del documento es el siguiente: Se inicia con una sección introductoria³ que demarca la temática. Se trata de la fe cristiana, entendida como encuentro con el Dios vivo manifestado en Cristo. Aquí se pone especial énfasis en el carácter luminoso de la fe.

A continuación la Encíclica se divide en cuatro capítulos, precedidos cada uno de ellos por un texto bíblico al que se hace referencia y que le da el título al capítulo:

El capítulo I, denominado “Hemos creído en el amor”, señala que en vistas a entender qué es la fe, se narra su recorrido en el Antiguo y en el Nuevo Testamento.

El capítulo II, denominado “Si no creéis, no comprenderéis”, reflexiona sobre la fe en su esencial vínculo con la verdad y el conocimiento.

El capítulo III, denominado “Transmito lo que he recibido”, se ocupa precisamente de la transmisión de la fe, y menciona a tal respecto cuatro elementos que contienen el tesoro de lo que se transmite, a saber, los sacramentos –se examinan bautismo y eucaristía–, Credo, Padrenuestro y Decálogo.

El capítulo IV, denominado “Dios prepara una ciudad para ellos”, versa sobre las repercusiones sociales de la fe. La tesis central es que la fe ilumina todas las relaciones sociales, porque ella es un bien común. A tal respecto, el documento reflexiona sobre la familia, la dignidad humana, el respeto por la naturaleza, el sufrimiento y la muerte.

Finalmente, la encíclica incluye un acápite conclusivo sobre María, que destaca su camino de fe y su verdadera maternidad.

2. Ideas centrales

En lo que sigue queremos retomar el esquema propuesto arriba y destacar con mayor detalle las ideas centrales del documento. Para ello seguiremos la misma secuencia de introducción, los cuatro capítulos y las consideraciones finales.

En el apartado que hemos llamado introductorio se propone que la fe es luz que ilumina todo el trayecto del camino creyente⁴. Pero frente a la idea que la fe es

³ Cf. n° 1-7.

⁴ Cf. n° 1.

luz y permite ver, en la época moderna se ha pensado que dicha luz ya no sirve: es un espejismo que entra en colisión con la libertad. Así, se termina asociando la fe con la oscuridad. Desde este punto de vista que el documento esboza, frente a la luz de la fe se propone la luz de la razón autónoma. Sin embargo, es preciso preguntar qué ha pasado con este proyecto moderno. La respuesta de la encíclica es que se ha visto que esta luz de la razón “no logra iluminar suficientemente el futuro”⁵; el futuro queda en la oscuridad, y la razón autónoma deja al ser humano con el miedo a lo desconocido. ¿Qué actitud adopta entonces el ser humano? Se contenta “con pequeñas luces que alumbran el instante fugaz”⁶.

En tal sentido, la tarea que la encíclica se propone es recuperar el carácter luminoso de la fe, pues una característica esencial de ella es, como se ha señalado ya, la capacidad de iluminar *toda* la existencia.

Por otra parte, la fe se presenta como luz en el sendero, que orienta nuestro camino en el tiempo: procede del pasado, pues es la memoria de la vida de Jesús; y viene del futuro, pues devela vastos horizontes hacia la más amplia comunión⁷.

Asimismo, la introducción explica en qué contexto se inserta la encíclica. Estamos ante un tríptico (aunque el documento no utiliza este concepto) sobre las virtudes teologales⁸. En efecto, el presente documento se une a la encíclica sobre el amor, *Deus caritas est* (2005), del papa Benedicto XVI, y a la encíclica sobre la esperanza, *Spe salvi* (2007), también del papa Benedicto. “Fe, esperanza y caridad, en admirable urdimbre, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios”⁹.

⁵ N° 3.

⁶ Loc. cit.

⁷ Cf. n° 4.

⁸ Las virtudes teologales se comprenden como hábitos que Dios infunde en la inteligencia y la voluntad del hombre en el día de su Bautismo. Son el medio a partir del cual el hombre pasa a participar en la naturaleza divina (cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n° 1812). Las virtudes teologales animan, pues, el obrar cristiano y son garantía de la acción de Dios en el hombre mediante el Espíritu Santo (cf. op. cit., n° 1813).

⁹ N° 7. Cf. 1 Co 13,13. Respecto de esta articulación temática de las tres encíclicas, vale la pena tener presente que el propio Benedicto XVI-Joseph Ratzinger dedica un capítulo de su libro *Juan Pablo II. Mi querido predecesor* (Grupo Editorial Lumen: Buenos Aires-México, 2007) a dividir por temas las 14 encíclicas de Juan Pablo II. Habla a tal respecto de un tríptico trinitario, de las tres encíclicas sociales, de las encíclicas con temas de eclesiología y de los tres grandes textos doctrinales (cf. op. cit. p. 43-60). Debe consignarse que el uso de la noción de tríptico lo hemos tomado de aquí para aplicarlo a las tres encíclicas sobre las virtudes teologales.

El capítulo primero, decíamos, narra el recorrido de la fe, en concreto, desde Abrahán hasta Jesucristo, en quien creemos y con quien nos unimos para creer. El objetivo de esta narración es entender la fe. Por su parte, en relación al Antiguo Testamento y la fe de Israel es interesante la reflexión sobre la idolatría como lo que es contrario a la fe. “... el ídolo es un pretexto para ponerse a sí mismo en el centro de la realidad”¹⁰. En cuanto al Nuevo Testamento debe destacarse la meditación sobre la existencia creyente: el creyente recibe un nuevo ser y expresa, por tanto, “Abbá, Padre”, que se convierte en el núcleo de la experiencia cristiana¹¹. Asimismo, debe destacarse el hecho que la existencia creyente se convierte en existencia eclesial. En efecto, la imagen paulina del cuerpo de Cristo subraya precisamente la unión vital de Cristo con los creyentes y de todos los creyentes entre sí¹².

El capítulo segundo, que puede ser considerado como el más especulativo del documento, se ocupa de la unión intrínseca que la fe tiene con la verdad. El documento reconoce que hay una forma actual de concebir la fe que omite toda referencia a la verdad. Reduce, pues, la fe a un sentimiento hermoso, esto es, a algo meramente subjetivo y cambiante. Pero: “La fe, sin verdad, no salva”¹³. Así visto, el documento dedica un párrafo completo –el n° 25– al tema de la verdad, en especial, en el mundo contemporáneo, en que la verdad grande es vista con sospecha.

Ahora bien, al reflexionar el documento sobre el tipo de conocimiento propio de la fe, se destaca que la fe conoce –o sea, está unida con la verdad– por estar vinculada al amor¹⁴. “Amor y verdad no se pueden separar”¹⁵. En tal sentido, el amor mismo es un conocimiento y fuente de conocimiento.

Por otra parte, frente a la oposición que, a veces, se plantea entre el ver (griego) y el oír (bíblico), el documento propone una síntesis entre oír y ver, en cuanto que ambos son “órganos de conocimiento de la fe”¹⁶. A dicha síntesis se añade, en el n° 31, que la fe es también tocar con el corazón.

Asimismo, la encíclica reflexiona sobre el diálogo entre razón y fe, y destaca el “encuentro del mensaje evangélico con el pensamiento filosófico de la antigüedad”¹⁷.

¹⁰ Cf. n° 19.

¹¹ *Lumen fidei*, n° 13.

¹² Cf. n° 22.

¹³ N° 24.

¹⁴ Cf. n° 26.

¹⁵ N° 27.

¹⁶ N° 30.

¹⁷ N° 32

Pues este encuentro fue decisivo en dos facetas: (a) para que el Evangelio llegase a todos los pueblos; y (b) porque favoreció una fecunda interacción entre la fe y la razón.

Finalmente, debemos destacar las reflexiones sobre fe y ciencia¹⁸ y sobre la ciencia teológica, que participa del conocimiento que Dios tiene de sí mismo.

El capítulo tercero se ocupa, como decíamos arriba, de la transmisión de la fe por parte de la Iglesia. Debe entenderse por esta transmisión una cadena ininterrumpida de testimonios cuyo sujeto vivo es la Iglesia. El documento se pregunta cómo podemos estar seguros de llegar al “verdadero” Jesús a través de los años¹⁹. A tal respecto se propone la distinción entre la transmisión de un contenido meramente doctrinal y la transmisión del contenido de la memoria. De esto último son expresión los sacramentos. “Para transmitir esta riqueza hay un medio particular, que pone en juego a toda la persona, cuerpo, espíritu, interioridad y relaciones. Este medio son los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia”²⁰. En efecto, lo que se transmite es la luz nueva que nace del encuentro con el Dios vivo, y esto no corresponde solo a una idea.

Pues bien, a propósito de la referencia a los sacramentos, el documento propone cuatro elementos esenciales en la transmisión de la fe. Estos son: 1° los sacramentos, en relación a los cuales se examinan dos, a saber, bautismo²¹ y eucaristía²². 2° el Credo, en que el sujeto último que lo pronuncia es la Iglesia²³. 3° el Padrenuestro. Aquí el cristiano aprende a compartir la misma experiencia espiritual de Cristo²⁴. Y 4° el Decálogo, que debe ser entendido como un conjunto de “indicaciones concretas para salir del desierto del ‘yo’ autorreferencial [...] y entrar en diálogo con Dios”²⁵.

Finalmente, el capítulo aborda la temática de la unidad de la fe.

El capítulo cuarto versa sobre lo que se puede llamar las repercusiones sociales de la fe. La tesis central aquí es que “la fe ilumina todas las relaciones

¹⁸ Cf. n° 34.

¹⁹ N° 38

²⁰ N° 40.

²¹ Cf. n° 41-43.

²² Cf. n° 45.

²³ Cf. loc. cit.

²⁴ Cf. n° 46.

²⁵ Loc. cit.

sociales”²⁶, puesto que es un bien común²⁷. ¿Por qué es así? ¿En qué se fundamenta este aserto? La respuesta es que la “fe permite comprender la arquitectura de las relaciones humanas”²⁸. Pues bien, los ámbitos de las relaciones humanas que el documento menciona son los siguientes:

a) Familia. Es el primer ámbito en la ciudad de los hombres que la fe ilumina. En este contexto el documento reflexiona, con especial atención, (1) en el matrimonio, fundado en una promesa de amor mutuo, que, a su vez, es posible “cuando se descubre un plan que sobrepasa los propios proyectos”²⁹; y (2) en los jóvenes, que requieren ser acompañados por sus familias según el principio que: “Los jóvenes aspiran a una vida grande”³⁰.

b) Dignidad humana. “Gracias a la fe hemos descubierto la dignidad única de cada persona, que no era tan evidente en el mundo antiguo”³¹. Cada ser humano es una bendición para mí; es el rostro del hermano a través de cual ilumina el rostro de Dios.

c) Respeto por la naturaleza. Tal respeto apunta a dos dimensiones: (1) en la naturaleza se reconoce una *gramática* escrita por Dios; y (2) ella es una *morada* que Dios nos ha dado para cultivar y salvaguardar³².

d) Sufrimiento y muerte. Al sufrimiento el cristiano le puede dar sentido: convertirlo en entrega confiada en las manos de Dios. Por su parte, la muerte puede ser vivida como la última llamada de la fe³³. En tal sentido, el documento nos ofrece lo que podemos estimar como una mirada realista de la fe, que no disipa todas las tinieblas de la existencia humana, pero es como una lámpara que guía los pasos por la noche. Y esto, dice la encíclica, “basta para caminar”³⁴.

Termina el capítulo con una reflexión que retoma la temática de fe, esperanza y caridad, y pone particular énfasis en la esperanza.

²⁶ N° 54.

²⁷ Cf. n° 51.

²⁸ Loc. cit.

²⁹ N° 52.

³⁰ N° 53.

³¹ N° 54.

³² Cf. n° 55.

³³ Cf. n° 56.

³⁴ N° 57.

El acápite conclusivo sobre María señala que ella es icono perfecto de la fe³⁵. Dos dimensiones han de destacarse: (a) que en María “el camino de fe del Antiguo Testamento es asumido en el seguimiento de Jesús”³⁶; y (b) la verdadera maternidad de María asegura para el Hijo una verdadera historia y carne humanas³⁷.

El documento concluye pidiendo a María que ayude nuestra fe³⁸.

3. Interpretación de fragmentos escogidos

En lo que sigue queremos centrarnos en algunos pasajes centrales del documento, que por su profundidad y densidad argumentativa requieren de una mirada más detenida.

a) El amor y conocimiento de la verdad

“El amor se concibe hoy como una experiencia que pertenece al mundo de los sentimientos volubles y no a la verdad. [...] En realidad, el amor no se puede reducir a un sentimiento que va y viene. [...] El amor verdadero, en cambio, unifica todos los elementos de la persona y se convierte en una luz nueva hacia una vida grande y plena. [...] Si el amor necesita la verdad, también la verdad tiene necesidad del amor. Amor y verdad no se pueden separar. Sin amor, la verdad se vuelve impersonal, opresiva para la vida concreta de la persona. La verdad que buscamos, la que da sentido a nuestros pasos, nos ilumina cuando el amor nos toca”³⁹.

La búsqueda de la verdad es una impronta presente desde el origen de la humanidad y especialmente fuerte como búsqueda de conocimiento en la modernidad. Conocimiento por el cual el hombre dispone todas sus capacidades para llegar a establecer verdades indubitables en el exclusivo uso de su razón. ¿Es esa la verdad que necesitamos? En la actualidad lo que se parece buscar son verdades para satisfacer dudas y otorgar certezas. En esa línea, el saber científico y tecnológico ha ofrecido verdades que se presentan como medibles, incuestionables y comprobadas, a partir de las cuales se construyen relaciones de utilidad para la vida del ser humano. Sin embargo, la sed de verdad se mantiene incólume. Estas verdades no han venido a completar la necesidad de sentido que mantienen al corazón del hombre insatisfecho.

³⁵ Cf. n° 58.

³⁶ Loc. cit.

³⁷ Cf. n° 59.

³⁸ Cf. n° 60.

³⁹ N° 27.

En este sentido, *Lumen Fidei* nos ofrece la siguiente reflexión: la verdad plena solo es posible gracias a su vinculación con el amor. Subyace en ello la idea que gracias a la fe, respondemos a la llamada de Dios, que nos invita a alcanzar una plena identidad y perfección. Esa identidad no se completa con el puro alcance de verdades positivas, sino que se logra cuando la verdad expresa la totalidad de la persona, y por ende conquista y toca el “corazón del hombre”. La voz “corazón” evoca a la persona en su totalidad, a su sed de conocimiento, pero también a su sensibilidad, emociones y afectividad⁴⁰. Gracias al amor, la verdad en Cristo se vuelve no solo una especulación o una certeza vacía, sino que adquiere sentido pleno para el camino de la vida, pues se ofrece a la persona en todas sus dimensiones.

b) Fe y razón

“La fe cristiana, en cuanto anuncia la verdad del amor total en Dios y abre la fuerza de este amor, llega al centro más profundo de la experiencia del hombre, que viene a la luz gracias al amor, y está llamado a amar para permanecer en la luz. Con el deseo de iluminar toda la realidad a partir del amor de Dios manifestado en Jesús, e intentando amar con ese mismo amor, los primeros cristianos encontraron en el mundo griego, en su afán de verdad, un referente adecuado para el diálogo. El encuentro del mensaje evangélico con el pensamiento filosófico de la antigüedad fue un momento decisivo para que el Evangelio llegase a todos los pueblos, y favoreció una fecunda interacción entre la fe y la razón, que se ha ido desarrollando a lo largo de los siglos hasta nuestros días”⁴¹.

La principal crítica a la fe cristiana es que se constituye en un acto irracional, pues no se realiza a base de certezas constatables, cuantificables, ni menos explicables bajo la estricta razón. La opción de fe se lee como la manifestación de un pensamiento débil o de segundo orden, o peor aún, como un acto contrario a la razón. En respuesta a esta visión, el texto *Lumen Fidei*, en plena consonancia con la carta encíclica *Fides et ratio* (1999) de Juan Pablo II, afirma que la fe y la razón no tienen oposición, y más aún, se refuerzan mutuamente.

Prueba de ello fue la experiencia de los primeros cristianos, que movidos por el celo apostólico se atrevieron a entrar en contacto con la cultura griega, cuna del pensamiento occidental. Dicha experiencia evangelizadora no resultó ser una debacle

⁴⁰ Cf. HÄRING, Bernhard, *Libertad y Fidelidad en Cristo*. Herder: Barcelona, 1990, pp. 106-110.

⁴¹ *Lumen fidei*, n° 32.

para la fe ni para el Evangelio. Evidentemente si la fe no hubiese contado con bases plausibles desde el punto de vista de su verdad, habría sido puesta en cuestión por el mundo filosófico griego hasta extinguirla. Sin embargo, resultó de este diálogo un mutuo enriquecimiento que permitió a los primeros cristianos consolidar su fe mediante el ejercicio de su razón y a los antiguos griegos alimentar su afán de verdad mediante el encuentro con el mensaje evangélico, dador de sentido pleno.

En efecto, gracias a los griegos el Evangelio se extendió por muchos otros pueblos, pues al asumir su idioma, a los cristianos se les facilitó la transmisión de la Palabra de Dios a otras culturas. Desde ese momento, una larga tradición de escritores cristianos, consideraron a la cultura griega una aliada y nunca una enemiga. Como por ejemplo San Justino (100-165), que proviniendo de una familia griega, se convierte al cristianismo para instituirse en uno de los primeros intelectuales cristianos dialogando con la filosofía griega, como lo atestigua su obra más reconocida: *Diálogo con Trifón*⁴². O San Ireneo de Lyon (130-200), preocupado de conservar el depósito de la fe, se esmera en discutir las ideas del gnosticismo en su obra: *Contra las herejías*⁴³. A ellos les continuarán San Agustín⁴⁴ dialogando con las obras platónicas y Santo Tomás⁴⁵ proponiendo una síntesis teológica y filosófica a partir de los textos de Aristóteles.

Así pues, la inculturación del Evangelio en la cultura griega puede ser retomada como un ejemplo ante los desafíos que ahora emergen para la evangelización en los procesos de globalización. Invitados quedan los hombres y mujeres de fe a disponerse a un diálogo respetuoso y franco con el pensamiento que surge de la ilustración y la modernidad. Ello exige renovación creativa de nuevas maneras de comunicación en base a nuevas formas de solidaridad que nos conducirán a la conformación de una realidad más justa y fraterna.

⁴² En *Lumen fidei* San Justino es citado al comienzo (cf. n° 1) y al final del documento (cf. n° 58). En ambos casos se trata de la obra arriba mencionada: *Diálogo con Trifón*.

⁴³ En *Lumen fidei* San Ireneo de Lyon es mencionado su escrito *Demostración de la predicación apostólica* (cf. n° 35) y el texto mencionado arriba –*Adversus haereses*– en el n° 47. Otros autores de la época patristica mencionados en la encíclica son: San Clemente de Alejandría (cf. n° 1); San Cirilo de Jerusalén (cf. n° 10); San Gregorio Magno (cf. n° 27); Tertuliano (cf. n° 39); el papa San León Magno (cf. n° 47); y Orígenes (cf. n° 54).

⁴⁴ El Obispo de Hipona es citado profusamente en la encíclica. Es más: el documento le dedica un párrafo completo –el n° 33– a propósito de la filosofía de la luz.

⁴⁵ Santo Tomás de Aquino es mencionado explícitamente en el n° 30 y en el n° 36 sobre el saber teológico.

Este esfuerzo permitiría ver renacer esta larga tradición de comunión entre el cristianismo y el mundo helénico, para manifestarse no como un vestigio de un mundo desaparecido, sino como un mundo a construir en bases sólidas de encuentro entre la fe y la razón, para un nuevo aliento del progreso humano.

c) La fe y la ciencia

“La mirada de la ciencia se beneficia así de la fe: ésta invita al científico a estar abierto a la realidad, en toda su riqueza inagotable. La fe despierta el sentido crítico, en cuanto que no permite la investigación se conforme con sus fórmulas y la ayuda a darse cuenta de que la naturaleza no se reduce a ellas. Invitando a maravillarse ante el misterio de la creación, la fe ensancha los horizontes de la razón para iluminar mejor el mundo que se presenta a los estudios de la ciencia”⁴⁶.

El conocimiento científico en los albores de la modernidad se constituyó en un nuevo tipo de saber y resorte de comprensión del mundo y la realidad⁴⁷. Resultó de la ciencia la base para una depurada técnica, de gran eficacia, que busca en suma dominar la naturaleza mediante el ejercicio racional para el usufructo de sus bienes.

El rasgo principal de la ciencia es la interpretación racional de los datos que ofrece la naturaleza para determinar con rigor los hechos, someterlos a una elaboración metódica racional, replicar los acontecimientos y universalizar los saberes obtenidos mediante formulaciones físicas o matemáticas. Todo este esfuerzo, si resulta exitoso en sus resultados, se constituye en el deslumbramiento de nuevas verdades que conducen al descarte de la fe como medio colaborativo para adentrarse en los misterios que laten en la creación. Con esta afirmación no buscamos desconocer los valiosos descubrimientos científicos que evidentemente han venido a contribuir al bien del hombre, sino que se busca poner de relieve la actitud que subyace a algunas tendencias científicas: la autocomprensión de absoluta suficiencia investigativa para hacerse de toda explicación gracias a la pura ciencia en sí misma considerada.

La encíclica *Lumen Fidei* destaca que por muy desarrollados que lleguen a ser los descubrimientos científicos nunca se agotará la riqueza que expresa la realidad de la naturaleza. La naturaleza en general y en especial la naturaleza humana

⁴⁶ N° 34.

⁴⁷ Cf. ROMERO, Francisco. *Historia de la Filosofía Moderna*. FCE: Santiago de Chile, 1994, p. 36.

siguen y seguirán escondiendo sus misterios. Y por esta razón, es una convicción del Magisterio de la Iglesia que una actitud científica cabal requiere estar abierta y disponible a la complementación que puede aportar la luz de la fe.

La fe en la medida que no se encuentra cerrada a las realidades materiales, aporta un sentido de ordenamiento, armonía y comprensión más amplia de los hechos. Esta mirada armónica y de orden es la oportunidad para sopesar el espíritu de dominio ciego sobre la naturaleza que se funda en la visión científico técnica imperante. La fe permite disponer al corazón del hombre a una relación sana consigo mismo y con su medio. Esta nueva actitud serena ante la naturaleza permitiría una obtención de provecho de los bienes naturales, dentro de los límites que establece nuestra responsabilidad con las nuevas generaciones. O dicho en palabras del mismo papa Francisco en *Lumen Fidei*: “La fe, revelándonos el amor de Dios, nos hace respetar más la naturaleza, pues nos hace reconocer en ella una gramática escrita por él y una morada que nos ha confiado para cultivarla y salvaguardarla, nos invita a buscar modelos de desarrollo que no se basen solo en la utilidad y el provecho, sino que consideren la creación como un don del que todos somos deudores”⁴⁸.

Así pues, a modo de conclusión quisiéramos recordar el título y, de esta forma, el propósito del presente escrito, a saber, ser una propuesta de lectura de *Lumen Fidei*. Evidentemente esta breve contribución no pretende exponer toda la riqueza de esta carta encíclica. Solo esperamos motivar la lectura directa del documento, como un medio eficaz para cultivar el don de la fe en aquellos que ya son bautizados o aportar luces para quienes buscan respuestas a sus inquietudes profundas.

⁴⁸ *Lumen fidei*, n° 55.